

RÉQUIEM POR LAS QUINIELAS Y EL RÉGIMEN

Recuerdo ahora casi 50 años después, estábamos en una clase de francés, en cursos incipientes de la Transición (1976-77), segunda etapa de EGB. En las escuelas públicas se daba francés. El inglés andaba proscrito desde la derrota de la Armada Invencible y a pesar del gol de Zarra que no fue bastante. Habíamos derrotado a la Pérfida Albión según palabras del presidente de la federación española de fútbol, Muñoz Calero, eso le dijo al caudillo, que lo destituyó fulminantemente después de esa espontánea efusión patriótica. Sin duda, los tiempos estaban cambiando como ya en el año 64 cantó el futuro Premio Nobel, Bob Dylan.

Mi profesor de instituto que era bueno como su colega Antonio Machado, de nombre José Luis, con un *moustache* gabacho nada sospechoso de franquismo me preguntó, puesto a que, como otros, no estaba atento a sus enseñanzas, que era eso que tratábamos o trajinábamos, que no era otra cosa que nuestras preferencias ante las primeras elecciones democráticas. Algún compañero renunció al PCE por seguir la moderación paterna y un servidor siguiendo las consignas del régimen caduco pero vigente si es que puede entenderse la contradicción, “de no significarse”, declaró pertenecer a un partido inexistente, salvo en el pathos social, es decir, que estaba en el ambiente: el PQFN (Partido Quinielístico Futbolístico Nacional). Habría que ver la cara de estupefacción del culto profesor de francés, pero así era la España que me estaba formando en el ya fenecido Espíritu Nacional. Cada semana rellenaba una quiniela con el profesor de Educación Física, un epígono del régimen, de la que me encargaba en horas de clase de sellar y pagar en destino, y otra con mi padre, que me regañaba por acertar a menudo, en apuestas de bajo premio, ignorando que el mismo excelentísimo caudillo acertó una de esas, por mucho que se dijera que había dado con una millonaria: se trataba de una de diez aciertos sobre doce. Eso sí con el mérito de acertar en una jornada que fue con equipos italianos. Por cierto, eso de quiniela viene de quinto, cuando no se pronosticaba sobre 12, 14 o 15 partidos, sino 5 y se creó en Santander, uno de los diez históricos fundadores de la Liga. Corría el año 1929 y fue en Santander donde a una peña se les ocurrió la quiniela...

Luego en Bilbao un tal Zunzunegui, falangista amigo de José Antonio, escribió unas novelas críticas con el régimen que Fernando Fernán Gómez llevó al cine, no le permitieron una de ellas, pero sí la de “El Mundo Sigue” que describe un mundo gris cainítico de dos hermanas sublimes en su interpretación (Lina Canalejas y Gemma Cuervo) junto a la vida menestral de un camarero, que vive el sueño millonario ganador de quinielas. La vida vicaria a través del transistor del descanso de los domingos y los resultados de los partidos que te podían salvar de volver el lunes a la oficina o a la barra de un bar. Las loterías del Estado al que pertenecía este deportivo juego financiaba los bolsillos rotos del fútbol español y los únicos sueños posibles de una clase obrera pluriempleada y una incipiente clase media agobiada por las numerosas letras del frigorífico, la lavadora y el televisor.

Las quinielas, a través del Patronato de Apuestas Mutuas Deportivas Benéficas, sufragaban el fútbol y muchas otras cosas igual de populares, campos de fútbol y piscinas, desde luego, el secretario general del Movimiento era el que manejaba esos dineros y lo mismo financiaba las elecciones a Procuradores en Cortes que cubría otras necesidades sobrevenidas e insondables. Por esos años la recaudación no paraba de crecer y daba para casi todo.

Miren, hablamos en pesetas. Recojo cifras que García Candau publicó con ocasión de su libro “El fútbol sin ley” en 1980:

1969-70: 1.607.000.000

1971-72: 2.209.000.000

1973-73: 3.323.000.000

Añade García Candau que a partir de la 76-77, los ingresos sobrepasaron en más de trescientos, los cinco mil. Y por lo visto en esa década de crisis política y social agudas aumentó aún más. Pero los tiempos cambian y ya nadie usa boli y papel, sino su móvil o el casino de tantas casas de apuestas que se acercan a su barrio de Vallecas o Carabanchel. Las quinielas del Estado firmaron su defunción desde la privatización del 2010.

García Candau habló del Nacionalfutbolismo en un dossier que publicó en El País Semanal (27 de febrero de 1977) en ese mismo curso pre-democrático aquí tratado y que coincidió con el año 1 del periódico llamado a ser referente del nuevo régimen. De ese partido quimérico del que hablaba yo, Quinielístico y futbolístico Nacional, sobraría pronto lo de quinielístico, por supuesto lo de nacional también. Como decía mi querido maestro, sobre todo de la vida, Javier Krahe, el Partido Socialista Obrero Español ni es socialista ni es obrero y ni siquiera español. Pues la misma suerte ha corrido el nacionalfutbolismo. Aquí unos como Florentino, antiguo tecnócrata gris del viejo régimen, quieren convertir en consumo yanki su floreciente Bernabéu para todos los públicos que se lo puedan permitir. Es *business*, negocio, pero ni es fútbol ni es español.